

Un gobierno con grado basura

No cualquier país pasa de tener grado de inversión a basura en poco tiempo. Se requiere de un nivel singular de ineptitud económica, ser constante en las malas decisiones, destruyendo los cimientos construidos por años de responsabilidad financiera. Es fundamental la soberbia para poder inventar objetivos y planes sin el menor fundamento teórico o técnico y presentarlos sin rubor ante el mundo. Un ignorante sin experiencia que se piensa un genio de la política pública, y además tiene mucha iniciativa.

Solo alguien que cree que gobernar es sencillo, que todo es cuestión de voluntad y poder, puede conseguirlo. Alguien que presume que sus funcionarios no son muy capaces, pero sí honrados (evidente lo primero, de dudarse lo segundo). No es sencillo, pero de vez en cuando los electorados se dejan llevar por promesas fantasiosas y ofrecimientos inverosímiles sin pise ni cabeza.

Se requiere, en pocas palabras, de un mesías económico, alguien que cree que ceñirse

ECONOKAFKA

**Sergio
Negrete
Cárdenas**

Opine usted:
sneqcar@iteso.mx

@econokafka



una banda presidencial concede un poder casi divino. Una persona que, en sus despliegues de incompetencia mezclada con prepotencia, acaba asustando

inversionistas y dejando pasmados a los mercados. Alguien, por ejemplo, que se considera capaz de transformar una empresa petrolera moribunda en un gigante de la industria, poniendo además al frente a una persona totalmente ignorante en la materia. De la misma forma que puede construir una refinería en un área inadecuada, en tres años y por ocho mil millones de dólares. Y, además, dispuesto a destruir un costosísimo proyecto de infraestructura, ya avanzado en su construcción, a cambio de una propuesta que ningún experto avala y que tiene como una base importante para operar exitosamente la peculiar creencia de que los aviones se repelen.

Para lograr el grado “junk” (basura), también es imperativo mostrar un particular desprecio por la inversión privada, por ejemplo, ya no permitiendo a la petrolera asociarse con otras empresas del sector, o simplemente cancelando toda posibilidad de nuevas inversiones privadas en el campo energético. Al mismo tiempo, claro, aclamar que el regreso a un año estatismo es lo mejor que puede hacerse. Agregar algunas peleas con el sector privado (gaseras) o amenazas vía el fisco (extinción de dominio) también ayuda mucho.

Faltan menos de dos semanas para que llegue a su vencimiento la Línea de Crédito Flexible que México ha renovado con el Fondo Monetario Internacional por más de 10 años, y el silencio por parte del organismo no indica nada positivo (sería otro paso enorme hacia el grado basura). Por lo menos hace dos meses que la administración solicitó la renovación, y nada. No es para extrañarse que los tecnócratas fifís del FMI vean las acciones del gobierno mexicano como peculiares (por usar un término amable).

Es un camino sin retorno, porque la soberbia implica ceguera ante el desastre. Todo es cuestión de poner la mejor sonrisa y decir “vamos requetebién” o “el pueblo es feliz, feliz, feliz”. Las calificadoras que degradarán a México (una baja de Moody’s a Pemex puede iniciar el derrumbe) siempre pueden ser acusadas de cómplices en corruptelas. De hecho, serían los chivos expiatorios de los desastres futuros. Si antes se culpaba al imperialismo yanqui, lo moderno sería argumentar que el causante de los problemas se llama Standard & Poor’s.

El gobierno mexicano recibirá tarde o temprano esa etiqueta que se está trabajando con tanto tesón: el de ser una basura.